

10 Desde Washington

Por A. Fernós Isern
Comisionado en Washington

Viaje A Saginaw

Después de tomar parte en el acto de entrega del título de "Mujer de las Américas de 1954", que recibiera nuestra distinguida Felisa en Nueva York, pasé a Saginaw, Michigan, ciudad situada en el distrito representado en el Congreso por mi colega, Alvin M. Bentley.

Bentley volvía a su distrito por primera vez después del trágico marzo primero. La ciudad le hacía un recibimiento. El Gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, invitado que había sido para estar presente, designó a la señora Alcaldesa de San Juan, para representarlo. Yo pude aceptar la invitación que a mí vez se me hiciera. Lo hice, como lo hicieron el

cuya vida estuvo a punto de extinguirse. Con la vida que Dios le salvó a Alvin Bentley nos salvó a nosotros de indecibles amarguras. Las buenas gentes de Saginaw tenían motivos para su regocijo. También nosotros. Y allá fuimos a compartir el suyo y el nuestro.

La cordialidad con que fuimos recibidos no pudo ser más efusiva. Para cada hora de las veinticuatro que pasé allí (Felisa puede hablar de doce más, pues viajó en aeroplano, mientras yo viajé en ferrocarril), hubo una atención para noso-

tros, salvo las pocas horas dedicadas al sueño.

El paisaje de Saginaw es cosa distinta del paisaje nuestro. Allí se está en el corazón de un continente. El mar salado es cosa remota y desconocida. Sin embargo, no los mares de agua dulce. A pocas horas está el Lago Hurón, y no muy distantes, el Michigan y el Superior.

La tierra es llana; el bosque cubre todavía grandes extensiones; la tierra cultivada es rica; el ganado

(Pasa a la pág. 25)



FELISA RINCON ALVIN BENTLEY

Gobernador y Felisa, con el mayor gusto y satisfacción.

Ante la Cámara de Representantes hube de expresar el día dos de marzo, a nombre del pueblo de Puerto Rico, nuestra indignación, nuestro dolor, nuestra consternación, ante aquellos inverosímiles acontecimientos. Por la radio, por televisión, dije inmediatamente y he tenido ocasión de repetir muchas veces al pueblo americano, las mismas expresiones. Pero esta era ocasión única. Era la vuelta al hogar de una de las víctimas, el más grave de los heridos, aquél

numeroso y saludable; los alimentos copiosos. El ambiente agrícola todavía persiste, a pesar de que, al propio tiempo, están allí mismo los mayores establecimientos fabriles de la industria automovilística. Es tierra de trabajo y abundancia. Impresiona su riqueza.

Impresiona también y mucho, la gente de Saginaw. Sencillas, francas, acogedoras, se siente uno entre amigos no bien ha llegado.

Fué en este ambiente en que se organizó la recepción para Alvin Bentley. Y fué en este ambiente en que nos unimos al merecido homenaje, para decir a los vecinos de Alvin Bentley, una vez más, pero ya en tono hogareño e íntimo, cuáles eran los sentimientos de Puerto Rico.

Es hermoso que en lugares nunca antes visitados por nosotros, a que vamos la primera vez en circunstancias que bien pudieran explicar una actitud hostil, encontramos, por lo contrario, comprensión, generosidad y exquisita cortesía.

En Saginaw viven setenta puertorriqueños. Dos muchachos de Humacao, trabajadores en la planta automovilística, estaban en el auditorio durante la velada celebrada la noche del jueves 20. Tuve el gusto de saludarlos. Viven bien, ganan sueldos que en Puerto Rico no gana obrero alguno (noventa dólares semanales). Nadie ha molestado allí a los puertorriqueños.

Comparando su manera de vida, con la que sufren muchos en la ciudad de Nueva York, no me explico cómo permanecen en la gran ciudad y no marchan a la vida holgada, confortable y segura de ese gran mediano oeste de Estados Unidos.

De Saginaw volvió directamente a Washington, pasando por Detroit, Toledo, Pittsburgh y Cumberland, Maryland. Una vez más la misma observación. ¡Qué mucha tierra, y qué ancha y llana y rica!

Nuestra común ciudadanía, rubricada con sangre de héroes en Corea, nos da derecho a disfrutar de esta extensión del planeta en

que el hombre ha sabido crear la ley en la libertad y para la libertad.

La estrechez territorial de Puerto Rico no es ya fatalidad. Puerto Rico es el centro de nuestra vida, por su periferia. Esta llega hasta el Pacífico.

Pero al venir a disfrutar de esta tierra, es preciso llegar dispuestos a incorporarnos a su vida, tal y como está establecida. Tenemos derecho, en Puerto Rico, a vivir de acuerdo con nuestras tradiciones y costumbres; a expresarnos en nuestro idioma en privado y en público; a hacer nuestras leyes: a fijar los rumbos de nuestra vida colectiva, a nuestra voluntad. Pero cuando salimos de Puerto Rico y pasamos al continente de nuestros conciudadanos, son sus tradiciones y sus costumbres; su lengua y sus leyes las que han de imperar; son ellos quienes han de fijar rumbos a su vida colectiva. Nosotros, para intervenir en ella, habremos de hacerlo, integrados, asimilados, convertidos en parte de ellos también.

Cada cuál en su casa, y Dios en la de todos.

Washington, D. C.

8 de junio de 1954.